

favor las limitaciones al derecho de la propiedad privada, y mayor aún las limitaciones á la habilidad individual, todavía más ampliamente apoyadas por aquella parte de los obreros asalariados, que cree que debe ponerse un límite á la suma de trabajo que á cada uno se le ha de permitir hacer en su labor diaria, á fin de que á los más industriosos, hábiles y ambiciosos no se les consienta hacer ó ganar más, que á los que son más torpes, ociosos ó indiferentes. Un beneficio común de la propiedad y una medida común del esfuerzo de los trabajadores quizás lleguen á substituir á todas las desigualdades de fortuna y de habilidad para el trabajo. Después de muchos siglos de lucha en favor de la igualdad, hay razones para creer que la humanidad entra ahora en una nueva lucha en favor de los derechos á la desigualdad. Queda por ver cómo la democracia realizará su labor bajo estas condiciones.

Una cosa hemos aprendido merced á la experiencia del gobierno popular, y es que el gobierno del mundo ha llevado á los pueblos civilizados á un punto en el cual ya no necesitan ensayar por mero gusto el gobierno democrático; sino dar muestra de que tienen plena confianza en él, sin que les sea posible volver hacia los viejos métodos de conservar la paz por la fuerza ó por la amenaza de la fuer-

za. Las complicaciones y la dependencia recíproca de la vida moderna ponen la facultad de hacer incalificables daños en las manos de tantos hombres ó de tantos grupos de hombres consagrados á ocupaciones diversas, que es absolutamente esencial á la labor de aquel vasto mecanismo, la existencia de un interés común. La sola sanción de las leyes es casi ineficaz. No es el temor á la policía lo que conserva la paz en nuestras ciudades, es la propia influencia de millones de habitantes lo que pone á los hombres en condiciones de ajustar su vida á las reglas de conducta que son necesarias al interés común. La policía sólo es eficaz contra el que infringe la ley por excepción ó contra el criminal, y esos relativamente, son pocos en número. Hemos aprendido también que los hombres pueden establecer reglas de conducta abstractas é impersonales, como lo son los grandes principios de derecho incorporados en nuestra Constitución y que aun cuando cada hombre en sus propios negocios tienda á apartarse de dichas reglas y luche porque á él no se le apliquen, el acuerdo general de todos aquellos que á la sazón tienen un interés contrario, es bastante para mantener los principios en todo su vigor y fuerza, de tal manera que los hombres pueden dar su adhesión y su apoyo á reglas de conducta moralmente

superiores á las que la gran mayoría deseara adoptar para sus propios negocios.

La experiencia del gobierno popular nos suministra otra lección, á saber: que el arte del gobierno propio no ha sido otorgado á los hombres por la naturaleza. Este arte necesita ser estudiado, y la destreza que en él se alcanza debe adquirirse por medio de la práctica. El proceso es largo y laborioso, porque no sólo es asunto de comprensión intelectual, sino principalmente de desarrollo del carácter. Como base de todo gobierno popular se halla siempre el gobierno propio individual, y éste requiere tanto inteligencia para que la relación de las cosas entre sí pueda percibirse, como cualidades morales, que son las que dan nacimiento á la tolerancia, á la consideración bondadosa en favor de los demás, á la voluntad para administrar la justicia, al sentimiento del deber y al amor á ciertos ideales. Los hombres deben voluntariamente sacrificar algo de sus propios intereses á los mayores de su ciudad, estado ó país; y sin ese sacrificio voluntario, un buen gobierno popular es imposible. Esta sumisión á una idea verdaderamente abstracta es materia de educación. Es fácil trazar su desarrollo en nuestro propio país desde la época en que la obediencia á las autoridades locales predominaba, hasta aquella en

que ha llegado á predominar la obediencia á la autoridad nacional.

El inmenso amor á su país es uno de los grandes elementos de fuerza del pueblo japonés, y fué una de las principales causas del acrecentamiento del poder Romano. Este amor no puede obtenerse sino por medio de esfuerzos y de sacrificios en favor de los intereses comunes, llevados á cabo durante largo tiempo; y este sentimiento de patriotismo, adquirido gradualmente, más que otra cosa, coloca á los hombres en situación de ejercitar la voluntad necesaria para subordinar sus estrechos intereses personales á los intereses generales. mucho más amplios, de los cuales depende el gobierno democrático. El egoísmo, que pone en el corazón de los hombres un inmoderado deseo de grandezas personales con exclusión de toda idea en favor del bien público, señala el período más bajo del desarrollo de todo país, digno de tener una historia; y el odio que enciende las disenciones interiores y que conduce á los partidarios de opiniones ó intereses particulares á defenderlos, aun á costa de la ruina y de la muerte de los que sostienen las ideas contrarias en el mismo país, debe ceder su lugar á la concepción del más alto patriotismo, antes de que pueda haber realmente un gobierno popular.

Para que éste sea posible, es necesario, pues, que existan al mismo tiempo el hábito del dominio de sí mismo y la influencia de ideales comunes, que colocan á los hombres en situación de obrar unidos, subordinando sus menores diferencias de intereses y de opinión.

Las naciones en que el pueblo está constantemente empeñado en luchas interiores, jamás progresan. La historia está llena de esos ejemplos. Algunas razas carecen de la capacidad de ponerse de acuerdo para apoyar, dentro de ciertos límites, ideales propios comunes; las que la poseen en el más alto grado, perduran y gobiernan al mundo, mientras que las que sólo la tienen en un grado inferior, pierden su independencia nacional y dejan de gobernarse por sí mismas. Existen hoy muchos países en donde aun las controversias que se relacionan con asuntos de escasa importancia constituyen un obstáculo constante para su progreso. En todas las naciones se suscita siempre la siguiente cuestión: ¿hasta qué grado podrá desarrollarse la aptitud para llevar á cabo aquel acuerdo que subordina los intereses individuales—intereses de grupos, locales y de clases—al bienestar general del país? Este límite habrá de encontrarse en las facultades para desarrollar los caracteres individua-

les que constituyen la nación. Los griegos jamás fueron capaces de mantener ningún acuerdo cuyos efectos se extendiesen más allá de los intereses de la ciudad en que vivían. La idea de una Nación Helénica jamás llegó á tener influencia alguna en sus espíritus. Cuando pasaron los momentos supremos en que unidos repelieron las invasiones de los persas, se dividieron y recomenzaron sus querrelas entre sí. Los conflictos del Peloponeso y de Delos, que pudieron haber sido los fundamentos de una patria común, como lo fué la Confederación de las Colonias Americanas, sirvió tan sólo como ocasión propicia para que obtuvieran ventajas egoístas Esparta y Atenas. Así la Grecia, con todas sus glorias artísticas y literarias, fué vencida por naciones menos inteligentes, como Macedonia primero y Roma después. El largo período, durante el cual las discordias interiores han prevalecido en los países latino-americanos, ha sido un ejemplo de la lucha entre la aptitud del pueblo para gobernarse por sí mismo, teniendo en mira un interés nacional común y las fuerzas de un individualismo y de un faccionalismo egoístas. Estos países, en su mayor parte, afortunadamente, comienzan ahora á surgir del estado de militarismo y de constantes revoluciones en que vivieron, á un

período de industrialismo y de gobierno estable, aunque en algunos de ellos, en los límites del Mar Caribe, las luchas intestinas continúan y los resultados son aún dudosos. Las diferencias que se suscitaron entre los trece Estados Americanos y la parálisis del Gobierno Continental, antes de que se promulgara la Constitución de 1787, son un ejemplo de la posibilidad de alcanzar esa necesaria condición; así como la unión de los mismos Estados bajo el imperio de la Constitución es una muestra del éxito favorable. La caída del antes poderoso reino de Polonia enseña á dónde conducen los motivos de desacuerdo, que hacen imposible un buen gobierno; y la unidad de la Italia y la Alemania al fin lograda, y la estabilidad que guardara la República Francesa durante más de un tercio de siglo, después de un largo período de agitaciones y revueltas, y los lazos sólidos que ligan á la Gran Bretaña con sus Colonias, y la subsistencia de la Unión Americana, marcan los grandes progresos de que los hombres civilizados son capaces cuando aplican los principios que sirven de base al acuerdo para crear un interés nacional común. Nadie puede decir, sin embargo, cuándo ó dónde las grandes y nuevas fuerzas que se han venido desarrollando bajo el imperio del gobierno

popular se sobrepondrán á la influencia de los propósitos patrióticos que hacen posible la existencia del acuerdo que establece la acción nacional.

Nuestro país no está libre de trastornos si deja de emplear todas las influencias y todos los esfuerzos posibles para desarrollar los principios del verdadero patriotismo.

Pocos lectores de historia dejarán de preguntarse si la civilización de nuestro tiempo habrá de pasar por su ciclo de desarrollo y decadencia, cediendo así á las condiciones de la naturaleza humana, y si el mundo habrá de comenzar otra vez su marcha progresiva, como á menudo ha sucedido. ¿ Los habitantes de Nueva Zelandia habrán de vivir sobre las ruinas del «London Bridge»? Las preguntas que Macaulay formula permanecen todavía sin respuesta. «¿ Es posible que en el seno de la civilización misma pueda engendrarse la enfermedad que la destruye? ¿ Es posible que puedan establecerse instituciones, que sin la ayuda de terremotos, hambres, pestes ó guerras extranjeras, puedan destruir la obra de tantas edades de sabiduría y de gloria, y barrer gradualmente literatura, ciencia, comercio, manufacturas, todo, menos las artes rudas necesarias al sostenimiento de la vida animal? ¿ Es posible que en doscientos ó trescientos años, hambrien-

tos y desnudos pescadores puedan dividirse con los buhos y los zorros las ruinas de las grandes ciudades de Europa, y limpiar sus redes en medio de los restos de sus almacenes gigantescos, y construir sus chozas junto á los capiteles de sus augustas catedrales? ¿Algún poeta del porvenir nos dirá que «el león y el lagarto habitan las cortes donde Jamshyd vivió y lució sus esplendores»? Si no es así, dependerá tan sólo de que el gobierno popular lleva la civilización hasta las más bajas capas sociales y la extiende ampliamente sobre toda la superficie de la tierra. Las civilizaciones primitivas no fueron sino como islas rodeadas por vastas regiones donde reinaba la barbarie, y si la civilización existía en la cumbre, en la base se hallaban la ignorancia y las preocupaciones de una multitud que ni tenía interés en conservar lo que tal civilización había obtenido, ni aptitud para aprovechar sus ventajas, ni elementos, á no ser muy escasos, para procurar su acrecentamiento. La civilización fué tan sólo el patrimonio de las clases privilegiadas, y éstas tienden siempre hacia la degeneración. La esperanza de que la civilización moderna ha de perdurar, consiste en que ha sido construida desde sus cimientos con la participación de todo el pueblo, con el acuerdo universal para asegurar el bienes-

tar común, que es lo que llamamos gobierno popular.

Pudiera creerse que yo he atribuido al gobierno una parte de lo que propiamente corresponde al desarrollo de las costumbres y al desenvolvimiento de la educación; pero estimo que una corta reflexión habrá de demostrar que no es así. Las costumbres no se desarrollan de una manera abstracta, sino adaptando de un modo gradual nuestra conducta á principios ya aceptados intelectualmente; y la conducta nuestra que habrá de sufrir esta adaptación es la que se refiere á nuestras relaciones con los demás seres humanos. Aun en las relaciones puramente personales, el gobierno desempeña una parte principal al dirigir nuestra conducta, como acontece con los principios legales que se refieren á los derechos y deberes del propietario y el esclavo, del amo y el criado, del patrón y el obrero, del padre y el hijo, del tutor y el pupilo; pero en el más ancho campo de las relaciones de los hombres entre sí, el total desarrollo de las costumbres prácticamente es obra gubernamental. Las palabras libertad, justicia, orden, paz, protección al débil, honradez pública, espíritu público, denotan la aplicación de ciertas ideas morales á la conducta que los hombres observan para con sus semejantes. El po-

der tremendo de un pueblo llega á ser soberano; y la irremisible dependencia de los hombres modernos entre sí, da á esta faz del desarrollo de las costumbres una importancia primordial y vital. Lo que al gobierno corresponde es convertir las reglas de conducta en principios políticos, y esto constituye un proceso de vida práctica y experimental, que produce resultados aceptables á la mayoría y que ésta impone después á la minoría. Este proceso no se apoya únicamente en el estudio de los principios ó en su discusión académica; porque en el curso de las generaciones, los mismos principios morales aceptados se convierten en costumbres enteramente distintas; y este cambio es el que alcanza una importancia vital.

Si nos referimos á la educación, encontramos que, en lugar de que sea una cosa diversa del gobierno, son los gobiernos generalmente quienes suministran, como condición indispensable para la ciudadanía política, la instrucción, que pone á la democracia en aptitud de resolver los problemas que he apuntado, esto es, la instrucción primaria, que es la que abre las puertas del saber á las masas y las puertas de facilidades ilimitadas á las inteligencias excepcionales. Por otra parte, es dudoso si una instrucción superior y académica con-

tribuiría á hacer los hombres más útiles en política. Como principio, la ciencia política, en el mejor sentido de la palabra, es obra de la vida y no del estudio; y por desgracia es muy general la tendencia que tienen los hombres que han recibido una instrucción superior á menospreciar todos sus deberes políticos. La labor del gobierno es la que educa para el gobierno. La experiencia y la observación del funcionamiento de las leyes, de las prácticas políticas y de las costumbres, es lo que permite establecer una legislación útil y conveniente.

Los inspectores de fábricas en el Estado de New York visitaron separadamente cerca de 38,000 fábricas durante el último año. Estas visitas y los informes y las discusiones á que dan lugar constituyen la educación por medio de la cual 38,000 patrones y millones de empleados y la comunidad toda que gobierna á unos y á otros puede llegar á tener el sentimiento de justicia necesario para saber cómo debe mantenerse la balanza entre los derechos de propiedad del patrón y la facultad de contratar libremente, por un lado; y por otro, la libertad del obrero, de las circunstancias que lo esclavizan, y los derechos del Estado que necesita tener ciudadanos en condiciones normales y saludables.

La mayor y más útil labor educativa, jamás an-

tes conocida en el mundo, tiene lugar en los Estados Unidos cada cuatro años, cuando durante la elección presidencial 15.000,000 de votantes se consagran durante meses enteros á leer y á oír todo lo que se dice acerca de las grandes y difíciles cuestiones del gobierno, á estudiarlas, á discutir las y á formar cabal opinión acerca de ellas. A cada instante oímos quejas de que las elecciones entorpecen los negocios y de que se verifican con demasiada frecuencia. Por el contrario: nada es tan valioso ni tan importante para los negocios; porque esta labor educativa es la que constituye el fundamento sólido del juicio recto, del dominio de sí mismo y de la familiaridad con las cuestiones políticas que interesan al público, de todo lo cual depende la seguridad de los negocios. Indudablemente ha habido abusos al coleccionar y emplear los fondos consagrados á las campañas electorales; pero en verdad, desde el punto de vista del interés público, no hay gasto más útil que éste que, en las últimas elecciones presidenciales y de acuerdo con las estadísticas publicadas, se elevó, por un lado tan sólo, á casi tres centavos y medio por habitante de los Estados Unidos, y, por otro, á una suma menor tal vez, porque la mayor parte se aplicó á la educación política de los votantes.

Todo lo que he dicho acerca de las relaciones del gobierno con nuestra vida moderna (el carácter del gobierno popular, sus dificultades, sus peligros, sus posibilidades y su manera de vivir y desarrollarse), trae como indispensable colorario la existencia del deber que los ciudadanos tienen de tomar parte en él. Honradamente, el hombre no está en libertad de resolver si habrá de molestarse con los negocios del gobierno de su país ó si se limitará á los suyos propios, á su profesión y á sus placeres, dejando á otros que gobiernen; sino que antes, servir á su país es una obligación perentoria que no puede evitar ningún hombre inteligente que siquiera tenga una idea de las condiciones bajo las cuales vive. Un noble francés de la Corte de Luis XIV tuvo el derecho de concurrir á ella ó de retirarse á su castillo, sin descrédito, porque bajo aquel sistema de gobierno tan sólo podía discutirse si un hombre ú otros habrían de dirigirlo. El carácter esencial de la actual situación de los pueblos es que el peso y los deberes que el gobierno trae consigo incumben á todos los hombres, y que ninguno puede consagrarse á sus negocios ó á sus placeres desconociendo su derecho de tomar parte en él, sin eludir el cumplimiento de un deber. La experiencia del gobierno popular no pue-

de tener éxito favorable si los ciudadanos del país no toman parte en la administración pública. No hay hombre sin responsabilidad y ésta es proporcional á las aptitudes de cada uno, á su educación, á su experiencia de la vida, á su desinterés y á su capacidad para dirigir á las masas; en resumen, á sus dotes para obrar de un modo eficaz en la gran lucha que continuamente se libra para determinar la preponderancia en la Administración pública, de las fuerzas buenas ó malas, de cuyo resultado dependen consecuencias importantísimas para sí mismo, para su familia, para sus hijos, para su país y para la humanidad. Los egoístas que tienen intereses especiales que vigilar, toman parte en él; los hombres crueles y malévolos, cuyos corazones están llenos de odio, toman parte en él; los corrompidos que necesitan obrar fuera de la acción del gobierno, toman parte en él, y los demagogos que desean alcanzar posición y poder, perjudicando á sus conciudadanos, también toman parte en él. Para contrarrestar estas influencias están preparadas las fuerzas vivas del desinterés, del dominio de sí mismo, de la justicia, del espíritu público, de la honradez pública y del patriotismo, y estas fuerzas necesitan toda clase de ayuda de los hombres de buena voluntad, ya sea con sus

personas ó con el poder que representan, para que no sean vencidas en el irremediable conflicto. El gobierno popular del cual tantas cosas dependen, no puede realizarse de un modo satisfactorio, si hombres como vosotros los que estáis aquí presentes, no toman parte en él; y ninguno de nosotros puede dejar de tomar en él su debida participación, sin traicionar los títulos que tiene al respeto de sí mismo.